

# Biblioteca-Films

## NO SE FÍE DE LAS APARIENCIAS

Núm. 2

25  
cénts.

Los grandes éxitos de la temporada solo los encontrará V. en nuestra colección de **Biblioteca Films y Films de Amor**

Las mejores novelas cinematográficas a 50 cts. y

LOS DOS PILLETES (4.<sup>a</sup> edición)  
COMO DON JUAN DE SERRALLONGA  
CONCIENCIA CONTRA LEY  
EL LOBO DE PARIS :: EL ABUELO  
RUPERTO DE HENTZAU  
EL TREN DE LA MUERTE  
LA ESPOSA COMPRADA  
EL JURAMENTO DE LAGARDÈRE

—————  
a 25 cts. y  
SU HORA :: DICK TURPIN

LOS PELIGROS DEL FLIRT  
SEGUNDA JUVENTUD  
BARRERA INFRANQUEABLE  
¡QUE SIGA LA DANZA!  
EL ARBITRO DE LA ELEGANCIA  
LA AVARICIA  
LA DAMA DE LA NOCHE

Siempre **BIBLIOTECA FILMS**

Las mejores películas: Los mejores artistas  
La mejor literatura

Solicitamos corresponsales - **BIBLIOTECA FILMS**  
Cataluña - 25 de San Jaume, 1 y 4 - Barcelona

LIL  
DAGOVER







CHRISTENSEN, Benjamin

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:  
ALABRIA, 96, despachos 1 y 4

○  
Teléfono 173-H.  
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

\* Seine Frau, die Unbekannte / Wilbur Crawford's Wunder-  
SEGUNDA EDICIÓN sames Abenteuer

No se fie de las apariencias (1923)

Comedia en cinco partes por Benjamín Christensen  
interpretada por la ingénuo y eminente artista

LIL DAGOVER - Willy FRITSCH

Concesionario: EMPRESAS REUNIDAS, S. A.

○○○○○

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

○○○○○

I

Eran las once de la mañana de un hermoso día de mayo.

Por el gran ventanal del salón de la señorial mansión, abierto de par en par, percibíase a fragancia de los jazmines y nardos que cubrían el cenador cercano al ventanal; y oíase el dulce diálogo de dos ruseñores que parecían decirse amores.

Dos personas, sentadas cerca una de otra en el lujoso salón, aspiraban, en silencio cabe el ventanal, los efluvios embalsamados de aquel día primaveral.

Screen "Series" Germany, 58, 108



Eran estas dos personas Wilbur Crawford y su madre.

Wilbur Crawford, que estaba sentado en cómoda poltrona, era un joven de unos veinticinco años, esbelto y bien parecido. Llevaba la vista cubierta con una venda de seda negra atada con un impedible de oro detrás de la cabeza. Parecía estar triste a juzgar por su actitud y por una profunda arruga que se dibujaba en su frente despejada: estaba cabizbajo con los brazos extendidos en los de la poltrona.

La madre de Wilbur era señora muy distinguida, de unos cincuenta años, si bien su nevada cabellera le daba el aspecto de más edad.

Estaba también sentada al lado de su hijo contemplándole con amorosa mirada, mezclada de lástima y de infinita ternura.

Una lágrima rodó por las mejillas de la madre en el momento en que, levantándose, se fué a sentar al piano, para arracar de sus entrañas una suave melodía que llevase un poco de consuelo al corazón entristecido de su querido hijo.

Este, al percibir los primeros compases de una sonatina de Beethoven, levantó la cabeza como queriendo mirar a lo alto en busca de la luz: desarrugó su frente al vivir unos instantes en la región del arte: aquella melodía, acariciando su espíritu, llenaba su alma de suave consuelo. Pero su corazón quedaba en la misma obscuridad que antes; bajó la cabeza, y dibujóse de nuevo en su frente una arruga, indicio de la mortal tristeza que le embargaba.

—Basta, madre mía, esos sonidos me martillean el corazón.

—Tanto que te gustaba la música...— murmuró la madre, dejando en suspenso la melodía de Beethoven y volviendo al lado del ciego.

—Sí, pero ahora la música me pone nervioso... Ver sólo con la imaginación sin que los ojos del cuerpo puedan andar parejas con los del espíritu en cosa muy triste.

—Sí lo es, hijo mío... ¡qué daría yo para devolvarte la vista!

—Y yo por...

—¿Por qué?...

—No, nada—. Y movía la mano delante de su faz como para ahuyentar un idea, como se espanta un cínife que insistentemente nos molesta con su zumbido.

—Tú tienes, hijo de mi alma, una pena que te muerde y roe el corazón y quiero que la deposites en mi alma que la confíes a mi cariño materno; yo sabré hallar, en el amor que te tengo, lenitivo a tu dolor. —Y le cogió la mano y se la llevó a sus labios.

—Tienes razón, madre mía, es una pena del corazón, una herida que difícilmente se cicatrizará.

—¿No tienes confianza en mí?

—¡Eres muy buena!...

El ayuda de cámara pidió la venia para entrar; llevaba, en una bandeja de plata, una tarjeta que la madre leyó.

—Un momento, hijo mío, en seguida estoy contigo—dijo la señora de Crawford levantándose—voy a ver quién pregunta por mí.

—No tardes, mamá,



En la sala de recibo esperaba una dama de la Cruz Roja; vestido negro con ribetes blancos y negra toca, le daban el aspecto monjil; su porte era distinguido y su faz hermosa, a la que daban vida y expresión dos ojos grandes, negros, rasgados y encuadrados por finas y arqueadas cejas. Aparentaba tener más de los veinte y no más de veinticinco.

—Como habrá visto por mi tarjeta soy Eva X.; y dama de la Cruz Roja. ¿Tiene un hijo ciego a consecuencia de la guerra?

—Así es, por desgracia—contestó la madre al mismo tiempo que se escapaba de su pecho un profundo suspiro—. Fué en Bélgica, al estallar una granada... ¡pobre hijo mío!...

—Deje esos recuerdos que la emocionan. Supe la dirección de su hijo en nuestras oficinas... Si usted quiere utilizar mis servicios para su hijo...

—Por ahora, su estado no permite que nadie le cuide más que yo. Si más tarde sus nervios se apaciguan abusaré de su amabilidad.

—Esto no sería abusar; para mí, el ayudarle a soportar esta desgracia, fuera una satisfacción.

—Esta desgracia sería menos dolorosa, señora...

—...Señorita, si mi hijo no tuviera temperamento de artista; pero es pintor de talento, y un pintor ciego...

—¿Y es incurable?... Porque ha habido muchos casos de curaciones verdaderamente maravillosas.

—Los médicos no han perdido aún la con-

fianza; pero yo sólo la tengo puesta en Dios.

—El la ayude—dijo la señorita Eva levantándose.

—Señorita, tomo nota de su dirección por si un día la necesito; entre tanto, mil gracias, y ya sabe donde tiene una amiga—dijo la señora Crawford, estrechando la mano de la visitante, y la acompañó a la puerta.

Al volver la señora de Crawford al lado de su hijo, le explicó el ofrecimiento de la enfermera y luego prosiguió:

—Volvamos a lo nuestro. No quiero que lleguemos al almuerzo de hoy sin que me expliques esa pena que tan hondas raíces ha echado en tu alma y que tan malos ratos te da.

—Sí, no quiero esperar más, a ver si me ayudas a sacarme esta espina del corazón, que me molesta más que mi ceguera.

—Vamos a ver: ¡confiéstate!...

Sacó el ciego de su bolsillo del chaleco una llavecita, y dijo a su madre alargándosela:

—Toma, abre mi secreter, y en el cajón de arriba, a la derecha, hallarás un estuche tráemelo.

Obedeció la madre, abrió el estuche y halló en él una sortija de oro con sello y una cifra.

—Es una sortija.

—Precisamente. Esa sortija tiene una historia que deseo conozcas.

—¿Historia de amor? — preguntó sonriendo la madre.

—¡Historia de un desengaño! Escucha.



Acomodóse el joven en su asiento, sentóse la madre lo más cerca posible de su hijo y empezó éste su relato:

—Hace cinco años, dos antes de empezar la guerra, ¿recuerdas que fuiste a Roma durante las fiestas del Carnaval, quedándome yo sólo en Londres con nuestro ayuda de cámara Sam? Uno de aquellos días, el martes de Carnaval, cansado por el exceso de mi trabajo, quise buscar solaz yendo por la noche al baile de disfraces que se celebraba en el Palacio de Invierno. Tomé un palco en el que estaba solo. ¡Qué baraunda!... ¡Qué lujo!... ¡Qué derroche de luces!... ¡Cuántas bellezas!... Tú ya sabes mamá, lo que es un baile de esta índole en Londres y en el Palacio de Invierno. Después del segundo baile, cuando más embobado estaba contemplando las locuras de los que tomaban parte en aquella fiesta, oí pasos detrás de mí, me volví y... ¡oh, sorpresa!... veo una odalisca que respirando azorada se avalanzaba hacia mí y me dice presurosa:

—¡Caballero por favor, sálveme que me persiguen!

—No tema usted—le dije—, haga ver que está con su hombre. La cogí por el talle y de pie, apoyados en la barandilla de mi palco, hicimos ver que contemplábamos la fiesta. Un minuto después oímos pasos precipitados detrás de nosotros, y una voz de hombre que decía: —¡Seguidla por ese pasillo!— Cuando hubieron pasado sus perseguidores, volvió a repetirme con gran congoja: —¡Sálveme! Saqueme de aquí.

Le di el brazo y dijele: ¡Venga conmigo, señorita...— Salimos del Palacio, to-

mamos mi automóvil y la traje a este Hotel. Durante el camino quise saber quién era; mas ella, con lágrimas en los ojos, se encerró en una reserva absoluta, y, como pareciera algo preocupada al verse conducir por un desconocido la tranquilicé: —No tema nada, señorita, la acompaña a usted un hombre de honor.

Llegamos a este hotel.

—Ya estamos en mi casa—le dije.

—¿Quién es?

—Soy el pintor Wilbur Crawford.

—¿Cree usted que no nos ha seguido nadie?

Llamé a mi ayuda de cámara y le mandé que se asomara a ver el aspecto de la calle, y a poco volvió asegurando que estaba desierta, y le dije:

—Gracias, Sam. Retírate ya a descansar. Supongo—insinué a la joven que, como te dije antes, iba vestida de Odalisca y, por consiguiente, llevaba la cara tapada—. Supongo encontrará usted disculpable mi curiosidad por conocer a mi adorable protegida.

—Sí, es una curiosidad muy natural...—respondió, desprendiendo el velo que la cubría el rostro—. Pero no puedo descubrir a usted mi nombre.

—Era una mujer bonita; la contemplé como se contempla un objeto de arte; luego, repliqué:

—Con su impenetrable reserva, está usted haciendo de mí un personaje novelesco.

—Respecte mi decisión, señor Crawford... se lo suplico.—Dijo ella y rompió a llorar. Quise consolarla inútilmente:



—¿Cómo quiere usted que esté alegre?— sollozaba. La cara es el espejo del alma, y mi alma se halla invadida por profunda tristeza.

Yo quería consolar a aquella alma afligida, cuyo dolor partía mi corazón de pena; mas ella persistía:

—Le ruego que no insista. Si usted supiera quien soy, quizás me arrojase de su casa...

Insistí inútilmente varias veces para poder llegar al fondo de aquella alma sumida en el dolor.

Después de un prolongado silencio, como ella se fijara en el aparato telefónico, me dijo:

—Señor Crawford. ¿Me permite telefonar?

Y tímidamente me preguntó por la dirección del hotel en donde nos hallábamos. Quise salir para dejarla en libertad de comunicar a sus anchas sin testigos; pero confieso que me entró curiosidad por colegir algo de la conferencia y me quedé. Deduje por sus palabras que pedía le trajeran vestidos, y anoté en mi cartera el número que indicó a la central.

Me pilió excusas de las molestias que, dijo, me causaba; a lo que le contesté que considerase como suya mi casa, que puse a su disposición.

—Mi habitación—le dije—está dispuesta para usted. Acepte mi modesta hospitalidad por esta noche.

—Gracias—me contestó ella— es usted excesivamente generoso conmigo.

La acompañé a mi habitación cuya llave



—Si, es una curiosidad muy natural...



le dí para que tuviese la seguridad de que nadie la molestaria y pudiese descansar tranquila; y yo, solo ya, me puse a buscar en el listín de teléfonos el número a que habia comunicado la desconocida.

Al cabo de varias horas, y buena dosis de paciencia, llegué en conocimiento del lugar que no era otro que un cabaret de baja estopa, un garito del barrio chino de Londres, a donde la joven habia pedido sus vestidos, frecuentado por apaches, tahures, fumadores de opio y meretrices.

Por ello cogí la clase de pájara que se habia entrado en mi jaula.

Yo descansé las pocas horas que faltaban para amanecer, tumbado en una chaise-longue situada a la vista de la puerta de mi huésped, menos por desconfianza que por el interés que me ofrecía aquel caso raro.

A primeras horas de la mañana, en el momento en que estaba en una situación de sopor, casi de sueño, mi ayuda de cámara vino a anunciarme que traían unas maletas para la señorita guarecida en mi domicilio, con sus ropas pedidas por teléfono. Salí y me hallé frente a un caballero, vestido con elegancia, pero sin corrección.

—Traigo—me dijo con un vozarrón de bajo profundo y con ceño adusto y aire desconfiado—los vestidos de la prójima que tiene alojada y... “la espero”.

—¿Es vuestra...?—no sabía que sustantivo añadir; mas él me interrumpió con este gruñido dicho con voz trasnochada:

—¡Os importa?...

Le tomé las maletas y las llevé a la des-

conocida a cuya puerta llamé, diciendo en alta voz:

—Señorita, le traen sus vestidos; si entreatre la puerta se los pasaré; nada tema.

Oí como se levantaba del lecho, entreabrió la puerta sin dejarse ver, y le hice pasar las maletas cerrando luego ella el cuarto con llave.

—Le advierto—le grité—que la espera un caballero.

—Gracias, señor Grawford—contestó ella desde dentro.

Salió, por fin vestida de traje de calle, llevando las dos maletas que yo ordené a Sam llevara hasta el vestíbulo donde esperaba el desconocido.

—¡Adiós, señor Crawford!... — me dijo emocionada, cogiéndome fuertemente las manos—¡Se queda usted con un trozo de mi alma!

Y me besó. Aquel beso de fuego fué el broche que cerró tan extraña aventura.

Nunca he llegado a saber quién fuese aquella mujer, ni el motivo de su persecución; ni he vuelto a verla más que con los ojos de imaginación de la que no se ha separado nunca.

Luego encontré en mi habitación esta sortija abandonada por ella, junto con una sentida dedicatoria anónima, escrita con lápiz en un trocito de periódico que también conservo en mi cartera, y que dice: “Eternamente agradecida al simpático señor Crawford. —Una perseguida”.

Madre mía, esta es la historia que hace tiempo quería contarte y que tanto me atormentaba. ¡Ay!... ¡Qué feliz yo, si pudiese ha-



llar a esa mujer, que en aquel beso parecía haberme legado toda su alma!

—¿Y en cinco años no has podido olvidarla?

—¡No, madre! ¿Cómo voy a olvidarla si su recuerdo es el único lenitivo a mi infortunio? ¡Oh! ¡si la hallase!...—y un suspiro profundo apagó su voz.

—Quizás con el auxilio de esa sortija pueda yo dar con ella.

—¡Dios lo haga!...

## II

La señora Crawford recobró el ofrecimiento de la señorita Eva, dama de la Cruz Roja y a ello recurrió. Esta señorita tenía un pariente, inspector de policía, el cual con los datos del anillo, su letra en el trozo de periódico y la data, pudo llegarse a conocer el domicilio actual de la interfecta.

Esther Wulscy, la misteriosa desconocida de Wilbur, pertenecía a ese sector social que arrastra su vida a impulsos de la friolidad y del vicio.

Dirigióse cierta mañana la madre de Wilbur al hotel de Esther, sin para mientes en que aquel paso era degradante para ella.

Cuando la doncella anunció a la cortesana la visita de una señora, estaba aquélla tumbada a la larga en un diván turco, vestida con un ligerísimo salto de cama, fumando un cigarrillo egipcio, en postura de una sensualidad sibarítica.

Sin mirar Esther la tarjeta que la doncella le entregaba, la dejó sobre un almohadón cercano y dijo perezosamente:

—¡Que entre!

La señora Crawford fué acompañada por la doncella hasta donde descansaba Esther, quien al verla se levantó arrojando el cigarrillo. Sin ningún preámbulo, a quemarropa preguntóle aquélla:

—¿Es ésta la sortija que dejó usted un día en el cuarto de mi hijo, el pintor Crawford?

—¡Crawford!... ¿Luego usted es la madre del señor Crawford?... Perdone, señora, mi incorrección de recibirla en este sitio y de este modo.

—Wilbur, no la ha olvidado un momento—prosiguió la señora de Crawford, sin fijarse en la disculpa de Esther, y fija sólo su mente en la felicidad de su hijo—, y le daría usted una satisfacción inmensa si viese a cenar esta noche con nosotros.

—¿A qué hora?

—Si a usted le parece bien, a las seis. Aquí tiene una tarjeta con nuestra dirección.

—Está bien; dígame que no faltaré; ya recuerdo su domicilio.

—¡Gracias!—exclamó la madre de Crawford estrechando la mano a Esther—. La esperamos a las seis.

—Le faltó tiempo a aquélla para ir a dar la noticia a su hijo que la recibió con muestras de gran regocijo. Era tanta su impaciencia que a cada momento preguntaba por la hora.

A media tarde se vistió el traje de etiqueta ayudado por su madre; quería que Esther le hallase bien lujoso.

El mismo Wilbur ordenó el menú de la



cena, dispuso se adornase la mesa con flores, y se confeccionara un precioso ramo para obsequiar a Esther.

La madre, que se había multiplicado para preparar un buen recibimiento a la joven, volvió al lado de su hijo:

—Wilbur, Esther no puede tardar: son ya las seis.

—Al no estar ya aquí—repuso el joven revolviéndose nervioso en su asiento—me dice el corazón que ya no vendrá.

—Pero, hijo mío, si le di mi tarjeta...

—¡Es extraño!... Habrá confundido la hora... Es posible que haya sabido que estoy ciego y... ¿qué atractivo puede tener un ciego para una mujer?

—Espera, hijo mío, voy a telefonar a la señorita Eva, quizás nos ayude.

La señora de Crawford fué presurora al teléfono.

—¿La señorita Eva?

—¡.....!

—Oiga... ¿Señorita Eva?... Soy la señora de Crawford... Aquella joven no ha venido... Estoy desesperada viendo sufrir a mi hijo... ¿Podría usted ir a avisarla por si olvidó la hora?... ¿Que tomará usted el auto?... Bien; muchas gracias... ¡Sí, sí, la espero!...

Volvió la madre cerca de su hijo para darle la seguridad de que pronto legaría Esther. No había transcurrido media hora cuando sonó el timbre.

—¿Has oído Wilbur?... ¡Ya está aquí!...

—dijo presurosa la madre saliendo con precipitación. Wilbur sonriente se incorporó y arregló sus vestidos, volviéndose de cara a la puerta.

La madre, al ver que había llegado Eva sola, exclamó con pena:

—¡Dios mío!... ¡Una nueva desilusión para mi hijo! ¿No la ha hallado, señorita Eva?

—Fuí a su casa, y la doncella me ha asegurado que a las seis había salido con un caballero para ir a cenar con varios amigos. Añadió la doméstica que su señora no pudo eludir aquel compromiso...

—¡Qué pena, Dios mío!... ¿Y cómo le voy a comunicar esto a mi hijo?

En aquel instante apareció Wilbur en el vestíbulo donde hablaban su madre y Eva. Estaba radiante de alegría.

—¡Bienvenida, señorita!...—exclamó el ciego extendiendo los brazos hacia adelante—. ¡Ya creí que se había arrepentido usted de su promesa!...

La madre de Wilbur se acercó al oído de Eva y le dijo muy bajo para que el ciego no lo pudiese oír:

—¡Disimule usted, señorita, por caridad!

Eva hizo un signo que parecía decir:—  
“Quede tranquila!...”

—Apenas la he oído hablar—prosiguió Wilbur que ya tenía entre sus manos la de Eva—, he reconocido el dulce timbre de su voz.

La madre miraba aquella escena con lágrimas en los ojos. Eva estaba emocionada y callaba.

—¡Cuánto me he acordado de usted!— continuó Wilbur irradiando de alegría—. Y usted, ¿me ha dedicado algún recuerdo desde aquella memorable noche de Carnaval?... ¿Por qué no me contesta usted, se-



ñorita Esther?... ¡Ya conozco su nombre!  
¡¡ Esther!!...

—¡.....!

—¡Ah, ya comprendo!... ¡Me conoció con la vista buena y ahora me ve ciego!... ¡Hoy no puedo interesar a nadie!

Se entristeció su rostro, y abandonando la mano de Eva, preguntó a su madre:

—¿Por qué ocultaste a Esther, mamá, la desgracia que me aflige?

Por fin, Eva, poniendo en su acento una gran melifluidad y gran ternura, dijole:

—Ya conocía su desgracia, señor Crawford, por boca de su madre; pero la misma alegría de volver a verle me ha llenado de emoción y embarga mi voz.

Y Eva rompió a llorar. El ciego tomó de nuevo la mano de ella y apretándola contra su pecho, emocionado también:

—No llore usted más, Esther—le dijo—. Guarde esas perlas preciosas en los lindos estuches de sus hermosos ojos... Estamos juntos otra vez!...

Entraron en el salón. Eva, que llevaba del brazo al ciego, y la madre lloraban en silencio; él, al contrario, estaba locuaz y alegre. Al indicar Eva a Wilbur su asiento, éste dijo con gracia, teniendo las manos de ella entre la suya:

—Oiga, Esther: tengo una deuda sagrada que le quiero pagar delante de mi buena madre: su presencia es la seguridad de que me guía un fin santo. Hace cinco años, al marcharse usted agradecida de esta casa, en la que le recibí como caballero, me dió usted un beso juntamente con un trozo de su alma.

Se lo voy a devolver con toda la mía.  
Y se avanzó atrayéndola hacia sí. Eva se esquivó; mas al fin se dejó besar y se estremeció al contacto del ardor de aquellos



...y le comunicó la noticia.

labios. Los tres se sentaron: la madre y Eva lloraban en silencio; Wilbur, emocionado, se volvía hacia donde le parecía estaba la joven.

El piadoso fingimiento de ésta y sus solícitos cuidados fueron las ruedas del vehículo que trajo la alegría al melancólico corazón del ciego.

Apenas habían transcurrido un par de horas desde la llegada de Eva cuando sonó el timbre. El doméstico llamó a la señora:



—Acaba de llegar una joven que dice fué invitada por usted.

La madre, después de cerciorarse de que la recién llegada era Esther, hizo seña a Eva y le comunicó la noticia.

—Necesito — dijo ésta — quedarme un momento a solas con Wilbur, para justificar ante él mi proceder.

—¡Con prudencia! — añadió la señora Crawford.

—Señor Crawford — se atrevió a decir Eva tímidamente—, tengo que confesarle a usted una falta de sinceridad por parte mía.

—Ya la escucho—replicó Wilbur inclinándose hacia ella.

—Yo no soy Esther, como usted cree.

—¡Cómo!...—exclamó vivamente el ciego levantándose.

—No se inmute...He tomado este nombre, abusando de su falta de vista, para evitarle una desilusión. Sírvele de disimulo el buen fin que me ha guiado.

—¡.....!

—¡Perdonadme!...

—¿Será Esther esa que ha llamado ahora?

—Sí, lo es. Voy a decirle que pase.

Quedóse Wilbur pensativo, mientras Eva salió al encuentro de Esther.

—Es peligroso se presente usted ante el señor Crawford sin grandes precauciones, porque está ciego y la emoción puede perjudicarle. Para evitarle el disgusto que le ocasionaba su tardanza me he permitido hacerle creer que yo era Esther...

—¡Ah, vamos, ya comprendo el juego!

—respondió Esther con la desenvoltura

propia de las mujeres de su clase y con descaro—. Empezó usted desempeñando mi papel, y ahora quiere suplantarme.

—¡Señorita... si usted hubiese cumplido su palabra...

—Hay ciertos compromisos que no se pueden eludir, además no corría tanta prisa...

Crawford que, a tientas, había llegado hasta el vestíbulo, oyó estas últimas palabras y adelantándose, dijo con entereza:

—Señorita Esther, celebros haya venido usted para devolverle esta sortija que tuvo para mí un inmenso valor hasta el día en que se burló usted de mi desgracia...

Y le alargó la sortija; mas Esther titubeaba para tomarla, por lo cual prosiguió Wilbur:

—Recójala de nuevo, y eche un velo sobre el recuerdo de aquella noche en que nos conocimos.

Esther, sin decir una palabra, tomó su anillo, hizo un gesto de desprecio a Eva, encogiéndose de hombros, y salió precipitadamente. Cuando Eva acompañó a Wilbur al salón notó que una lágrima rodaba por su mejilla y se atrevió a decirle emocionada:

—Señor Crawford, un elemental deber de conciencia me aconseja que me aleje para siempre de esta casa.

—Más bien que la conciencia—replicóle él—será el cansancio quien la aconseja a usted...

—Ah!—añadió dando un profundo suspiro que penetró en lo más recóndito del corazón de su hermosa interlocutora—. ¡Si



no estuviese ciego le rogaría que juntase su destino al mío!

Por toda contestación, Eva dió un fuerte abrazo al ciego acompañado de amante beso.

### III

A las pocas semanas era Eva la señora de Crawford. Al año justo de casados, para no desmentir el teorema de las matemáticas matrimoniales de que "uno y una suman tres", llegó a casa de los señores de Crawford un precioso rorro, que casi podemos asegurar fué la causa eficiente de que el padre recobrase la vista.

Wilbur Crawford se negó siempre a que le operasen: los médicos le habían aconsejado la operación; pero él, siempre reacio e incrédulo, no les quería obedecer. Nació Baby, y al cogerlo en sus paternos brazos el ciego, se lo acercaba a la cara llorando de alegría y gritando:—¡quiero verlo, quiero verlo!...

Y aquel día determinó probar fortuna sometiéndose a una operación. Consultó a los médicos quienes le aconsejaron se trasladase a Nueva York donde un célebre especialista había hecho verdaderos prodigios en casos semejantes.

Le acompañaron su médico de cabecera y el ayuda de cámara, Sam, que era el criado de su confianza.

A los quince días se recibió en el Hotel un cable que decía: "Operación felizmente. Doctor espera curación completa": lo cual llenó de júbilo a toda la familia, que esperaba impaciente nuevas noticias.

Días después. otro despacho anunciaba: "Quitado vendajes, vista recobrada, perfecta salud..."

Al mes y días de su llegada a Nueva York otro cable anunciaba el próximo regreso de Wilbur, quien ardía de impaciencia por conocer a su pequeño Baby y... a su adorada Eva, a quien sólo había visto con los ojos del alma.

En la última carta en que Wilbur anunciaba su próximo regreso decía a su esposa: "Sal a recibirme que te he de reconocer entre mil mujeres."

Y ante esta seguridad, Eva esperaba en el muelle la llegada del vapor, aguardando que su esposo, al bajar del trasatlántico, la fuera a abrazar.

Atracó el buque, y desde las bordas Wilbur gritó haciendo señas con la mano: "Eva, Eva, bajo en seguida." Su esposa pensó que, efectivamente, la había reconocido.

Esperó alegre, y a poco lo vió bajar del vapor disparado a todo correr, seguido a bastante distancia de Sam, que le traía las maletas.

—¡Eva!—y Wilbur se echó en brazos de una señorita que al lado de su esposa debía aguardar a algún viajero.

—¡Caballero, que no soy esa que usted dice—gritó la abrazada desasiéndose de él.

—¿No es usted Eva?... ¡Perdone!

La esposa decepcionada, al ver el engaño de Wilbur, echó a correr, tomó el automóvil, llegó a casa de los Crawford, recogió rápidamente los efectos de su pertenencia, ayudada por sus doncellas y por su herma-



na, que se apoderó de Baby, y, juntamente con ésta, marcharon a casa de su tía Eduvigis, después de haber explicado rápidamente a la señora Crawford lo sucedido. Esta quiso disuadirla; mas Eva contestó, antes de salir:

—¡Esto ha sido una burla sangrienta!... ¡Me miró desde el barco y luego se dirigió a otra mujer!... ¡Yo no quedo en esta casa ni un minuto más!...

Al llegar Wilbur a su casa se enteró de lo sucedido y le hizo gracia.

—Ya la buscaré. Ahora le voy a telefonar.

Pero en el momento en que se ponía al teléfono llegó la hermana de Eva con el niño. Pensó ésta que el niño no tenía la culpa de que su padre se hubiese enamorado de ella sin haberla visto nunca, y rogó a su hermana que lo llevase para que su padre lo conociera.

—Pero—le dijo—cuando oigas que llamo yo al teléfono y que Wilbur, a quien llamaré, se pone a comunicar, tú te vienes sin que él lo note; pues si te viera marchar refrendría a Baby.

No es para descrita la alegría que tuvo el ex ciego al contemplar al fruto de su amor: cogióle en sus brazos, corría con él por la casa, decíale chocheos con gran alegría de la señora Crawford, la cual le contemplaba embelesada. Y cuando más entusiasmado estaba en sus paternas expansiones, llamaron al teléfono, y la doméstica vino a interrumpirle:

—Señorito, le llaman al aparato.

Era la señal. La hermana de Eva, que

dicho sea de paso, era feísima, cogió al niño entre sus brazos y se apresuró a salir tomando de nuevo el taxi que la había traído, para volver a casa de su tía Eduvigis.

Y fué Wilbur al teléfono:

—¿Quién? ¿Eva?... ¡Ven en seguida, pues si te pareces a nuestro hijo tienes que ser muy hermosa!... Pues, mira, me quedo con el chico... ¿Cómo?... Pues con hiberón y si no buscaremos una ama... ¿Cómo que no está aquí?...

Y Wilbur gritó desahogado yendo en busca del niño:

Se buscó a la criatura; pero tía y sobrino habían desaparecido, siguiendo las instrucciones de Eva.

La camarera le dijo:

—La hermana de la señorita se fué, llevándose la criatura.

Ignoraba Wilbur donde moraba la tía Eduvigis; pero un hecho insignificante le ayudó para buscar la residencia de su esposa. Al bajar el taxi que había traído a su hermana política y a Baby, se le cayó a aquélla la cartera al lado de la portezuela del coche, y al ir a cerrar ésta el chauffeur, la halló y la subió a la casa en el momento en que el señor Wilbur hacía fiestas a su chico.

Por fin halló al chauffeur.

—Buen hombre, ¿no fué usted quien trajo a mi casa un niño de pecho hace algunos días?... Quisiera saber de dónde salió.

—Efectivamente, recuerdo haber llevado un canario que no cesó de cantar en todo el camino. ¿Quiere usted que le lleve a la casa de donde salió el canario?



—Sí, sí; pero antes pase por alguna tienda de flores.

Después de dar orden a su chauffeur de que se fuera a casa, subió al taxi, y al cuarto de hora y a las doce del mediodía, bajaba con un precioso ramo de orquídeas frente a la casa de la tía Eduvigis, que era un hotel muy lujoso de la calle de Gibraltar.

—Si toco el timbre llamaré la atención y la pájara me escapará o se esconderá— pensó Wilbur—, prefiero entrar por la violencia. Lo más difícil es entrar en el jardín.

Después de un rato de reflexión se determinó a asaltar la casa; prestamente saltó la reja del jardín, vió abierta la ventana de un entresuelo y se coló por ella.

Anduvo desorientado: de pronto vió, en un salón a una señora muy escotada que, vuelta de espaldas y tumbada perezosamente en un diván, leía muy embebida las "Aventuras de Gulliver". Fuése quedito hacia ella y cuando estuvo a su alcance:

—¡Dése usted presa, señora prófuga!— le dijo riendo—. ¿Tú ves cómo te he cazado?

Con una flema muy inglesa volviése la señora, que era espantosamente fea, y en un tono, que no difería del natural, díjole:

—¡Oh! ¡un ladrón!... Si no se retira usted llamo a la policía.

No necesitó llamarla, porque al ver Wilbur aquel espantajo con faldas, casi se tumbó de espaldas.

—¡Disimule, usted, señora!... La tomé a usted por mi esposa Eva y... ¡celebro en el alma haberme equivocado!

—Las habitaciones de Eva — berreó la tía Eduvigis, volviendo tranquilamente a sus "Aventuras"—están en el piso superior; allí la encontrará usted.

Subió Wilbur al piso superior y, guiado por los floriqueos de su hijo, pudo topar en seguida con el dormitorio de Eva: la cama presentaba indicios de haberse levantado ella hacía poco tiempo: sus ropas interiores y vestidos estaban allí; pero ella, ¿dónde estará?—pensaba.

Dió un beso al chiquillo, dejó el ramo de flores encima de la cama de su esposa y salió en su busca. Llegó a una habitación, cuya puerta estaba cerrada, y al forcejear para abrirla, oyó la voz de Eva, que decía:

—¿Quién hay?...

—Soy yo, Wilbur, que viene a aprisionarte; ¡abre!...—decía empujando la puerta.

—No puede ser, estoy en... el baño.

—Abre, que te quiero decir, al oído una noticia muy importante.

—Te digo que no estoy visible; ves a mi cuarto y tráeme mis ropas para vestirme.

—¿Me prometes que me abrirás luego?

—Dame primero la ropa, y ten un poquito de paciencia.

Obedeció el esposo, yendo a buscar los vestidos de Eva.

—Abre nada más un poquito, que te los haré pasar...

Abrió un poc la puerta corrediza, entonces Wilbur dió un fuerte empujón y penetró en el cuarto de baño. Eva iba sólo cubierta con una sábana de Holanda; al entrar su esposo se cubrió con ella la cabeza para que no le pudiera ver la cara. Enton-



ces él, cogiéndola entre sus brazos, la llevó a su dormitorio y la arrojó encima de la cama, luchando inútilmente por verla el rostro: ambos reían a carcajadas. Al ver Wilbur que Eva se arrebujaba entre las sábanas, cogió al pequeño Baby entre sus brazos y salió precipitadamente del Hotel, y se llevó el hijo a su casa.

## IV

En el teléfono:

—Oye, Eva... me dice mi hijo que, no obstante haberte tenido en sus brazos, no pudo verte la cara.

...

—La cara no, pero... estaba en el baño...

...

—Ja, ja, ja...

...

—¿Y cómo va a criar al niño?

...

—¿Sabes lo que pienso?... Te podrías presentar aquí para ama simulando ser una viuda sin recursos...

...

—¡Muy bien pensado!... Mamá, toma tus medidas para que los criados no me descubran... yo ya me entenderé con mi tía y hermana...

...

Aquel mismo día, Eva, representando el papel de viuda Scot, se presentaba en casa del señor Wilbur. La criada, al comunicar a éste que una ama se presentaba para criar al chiquillo, ardía por reventar de risa.

—Bienvenida, señora. Espero se tomará

usted por el niño tanto interés como si fuese su propio hijo. Su madre, actualmente ausente, se lo agradecerá igual que yo.

Y empezó Eva su misión de ama de cría en su propia casa, con gran provecho del pequeño Baby.

Pero Eva estaba triste.

En su fuero interno, Eva estaba arrepentida del papel que representaba, y deseaba precipitar los acontecimientos.

Lo que más destemplaba los nervios de Eva era ver que su esposo, para pintar sus cuadros, necesitase mujeres de carne y hueso y, sobre todo, mujeres bonitas.

—Estoy desesperado—dijo un día el pintor—. Todo me sale mal... Me falta lo principal que es la inspiración... No encuentro modelos que estimulen mi fantasía... Con todas las que trabajo a disgusto y no hago más que verdaderos adesios.

Se atrevió a objetar Eva:

—Si yo fuese una mujer hermosa me ofrecería a usted como modelo.

—Gracias, señora Scot. No me atrevería a pedirselo yo. Pero ya que usted se ofrece... venga conmigo que me voy a poner a trabajar.

Y la condujo al gabinete destinado a mudarse las modelos.

—Arréglese aquí; hoy necesito un desnudo...

—¡Un desnudo!... ¿Y yo...?

—No tema nada... se despoja completamente de sus vestidos y poniéndose esta capa encima sale a mi estudio... puede cerrar la puerta... no tarde.

Ne tardó en salir Eva en traje de ídem,



arrebujaada en una capa de pieles; cabizbaja, algo avergonzada; pero sonriendo, con suavidad:

—¡Aquí!... ¡Venga aquí—indicó el pintor, que estaba situado en frente de una gran tela sostenida por dos caballetes—. Puede dejar el abrigo encima de esta silla.

Eva se hizo repetir esta última indicación tres veces; primero descubrióse un hombro, luego el otro...

—No tema, no se enfriará, pues el estudio está caldeado, necesito un desnudo completo. Y, dejando la paleta, él mismo la destapó. Delicadamente la ayudó a ponerse en la posición requerida por el asunto, y antes de volver a tomar la paleta... le besó un hombro, lo que hizo estremecer a Eva.

—Tiene usted unas formas esculturales, señora. Frine, a su lado, es una escoba.

Sonrió Eva y preguntó sencillamente:

—¿Dónde pongo esta mano?

—¡No se la ponga usted en los bolsillos!

Una carcajada estrepitosa hicieron a duo pintor y modelo.

—Si no guarda la seriedad, señora Scot, vamos a tener que irnos.

—¿A dónde?—preguntó ella riendo aún.

—¡Vaya!... póngase en posición.

—¿Así?... ¡Ya estoy!

—¿De veras?

—La Venus de Milo, con brazos y todo, sería una tostadora de castañas a su lado.

—¡No exagere y pinte sin hablar, que me hace reír!

—¡Qué tiempo hacía que mis modelos no me habían inspirado!...

—Aun no me ha dicho cómo debo poner este brazo.

—Déjeselo caído... ¡así!...

Y el pintor rápidamente, con carboncillo, terminó el esbozo de su obra. Luego se acercó a la modelo con los ojos encendidos, la abrazó, le puso él mismo la capa y dándole el brazo. la acompañó al gabinete para que se vistiera.

Eva había conquistado al "artista"; ahora iba a pulsar las fibras del "hombre" y contrastar su corazón.

## V

Wilbur estaba perdidamente enamorado de la señora Scot, a quien honraba con una distinción exagerada tratándose de una modelo, y con gran contentamiento de Eva y de la señora Crawford.

Un día, al final de un almuerzo con su modelo favorita, recibió por mediación del portero de casa de la tía Eduvigis, también de connivencia con Eva, un billete concebido en estos términos:

*"Querido esposo: No te creía tan rencoroso. ¿Por qué me tienes tan olvidada? Te espera con los brazos abiertos para estrecharte amorosamente."*

Después de pedir permiso a su convidada, leyó el anterior billete.

Llegó Wilbur algo preocupado y fué a encontrar a la viuda de Scot para anunciarle que por la noche irían a "La Opera".

Como última prueba. Eva preparó un billete que debía ser entregado a Wilbur poco antes de salir para el teatro.

Comieron solos a las ocho y luego se fue-



ron a vestir; cuando ambos estaban dispuestos para salir, se presentó el portero de la tía Eduvigis, cómplice de Eva, con el billete preparado por ésta.

—Espera—dijo al portero, y fué a su despacho.

Mientras quedaron solos Eva y el portero de su tía dijo aquélla a éste:

—Diga a la tía que cumplan al pie de la letra las intrucciones que le he dado. Sobre todo, que hasta las doce de la noche no quede nadie en casa.

Cuando tú veas que llego con mi marido, abres la puerta del Hotel que da a la calle de Gibraltar. ¡Ah! ...Y que preparen el salón árabe que él desconoce, con aromas y perfumes... ¡Ojo, que aquí llega!...

Llegaba, en efecto, Wilbur, y cerrando un sobre, lo entregó al portero de la tía Eduvigis:

—Dí a la señora que es muy urgente.

—Bien está—contestó el criado—, y fué.

—¿Alguna mala noticia?—preguntó Eva a su esposo.

—Lea—y le alargó el billete que ella misma había escrito.

—¡Malo!—le dijo la viudita de contrabando dándole un bofetoncito.

—Veo que ya se nos ha hecho tarde para ir a “La Opera” ¿quiere usted que vayamos a “La Mascota”.

—¿Qué es eso?

—Un cabaret aristocrático en donde pasaremos una noche encantadora.

—Una noche de las Mil y una?

—Y en donde le revelaré un secretillo al oído.

—Ardo en deseos de conocerlo. Pero oiga—continuó la falsa viuda—yo conozco un lugar mejor que “La Mascota” para oír esos secretillos, un palacio encantado... Si usted supiera señor Wilbur, cuantas veces he soñado que nos encontráramos allí los dos solos.

—¿Y dónde está ese palacio?

—No insista, porque no se lo diré: ese es mi secreto.

—Pues vamos allá.

Subieron al automóvil. En el camino la falsa Scot dijo a Wilbur:

—Es condición precisa para entrar en el palacio a donde vamos, que lleve la vista tapada.

—A todo me conformo: tápeme los ojos.

—Yo le guiaré.

Antes de bajar del coche, en la calle de Gibraltar, Eva le hundió el sombrero hasta taparle los ojos para que no reconociera la casa de su tía, y le condujo por el brazo, atravesando el jardín, hasta el salón árabe desconocido para Wilbur: dos pebeteros con incienso de Armenia despedían un aroma oriental muy agradable; y los más gratos perfumes embriagaban los sentidos.

—Este palacio—dijo Wilbur al percibir tan suaves aromas—no será encantado; pero es encantador.

—¡A la una!... ¡a las dos!... ¡a las tres!... ¡ahora!... Y le quitó el sombrero.

Quedó Wilbur pasmado: Unos efectos de luz muy bien combinados daban a aquel lugar el aspecto de palacio de hadas.



—¿Dónde estamos?—preguntó—porque esto parece una antesala de la gloria... ¿Y solos?

—Solos con nuestro amor.

En una de las mesas había dispuestas unas botellas de champagne.

—¿No le parece, señor Wilbur, que el champagne es el complemento del amor?

—¡Brindemos por nuestro amor y por nuestra juventud!

—Descorra usted el velo, señora Scot, dígame donde estamos.

—Dése usted un paseito por estas habitaciones y lo sabrá—dijo Eva abriendo una puerta.

Wilbur traspasó el umbral y, rápidamente, recorrió algunas habitaciones y entre ellas el dormitorio de su esposa: todo estaba profusamente iluminado y en toda la casa no había una alma viviente.

En el dormitorio de su esposa halló, encima de la cama, un gran papel que decía:

“Eres un mal esposo. Has preferido a mi amor el de la viuda de Scot. Ven a pedirme perdón, por tu infidelidad, al salón árabe donde te espera, tu

Eva.”

Volvió. Eva le esperaba sonriente:

—Elige ahora entre tu esposa y la viuda Scot.

—Eres una mujer adorable, Eva... tal como te vi siempre con los ojos del alma... ¡Eres un ángel!... ¡Ven a mis brazos!...